SUSPIROS

1
233704



BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

10 CTS.

1

233704

47/1505188

EN BUSCA DE UN HIJO

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

ESCENA I

Escena: Interior de un bazar de objetos ortopédicos.

Personajes: CASIMIRA. Empleada del bazar. Veinte años, mediana estatura, morena, poca cintura, pero bien servida por la sabia Naturaleza, de protuberancias delanteras y ampulosidades traseras. Lo que vulgarmente se llama un bocado exquisito. Un rico banquete de carne en ffor.

R. 322 4110

EDUARDO. Viajante de una casa de comercio. Veinticinco años, alto, moreno, bigote empingorotado a la borgoñona, complexión vigorosa y ardiente. ¡Lo que se llama un buen mozo... y un mozo temible. Uno de esos calaverones infatigables en las lides Cupidinescas.

(Es de día).

Casimira.—(Sola, paseándose tristemente por detrás del mostrador). ¡Qué fastidio! Todos los días iguales!... De buena gana echaba esta tarde una cana al aire. ¡Canastos! ¡Luego dicen que la vidita de las mujeres alegres es mala! ¿Hay, acaso, nada más rico que dejarse tocar y acariciar por un mozo robusto y fuerte?... Claro es que la cara de nuestro poseedor suele ser fea. Pero ¿qué importa?... Lo que el corazón de la mujer necesita es amor... ¡muchísimo amor!... y, lo demás son cuentos. (Pausa). ¡Hombre! Este parroquiano es guapo...

Eduardo. —(Empuiando la puerta del Bazar).—Felices tardes.

C.—Buenas tardes.

E.—(Aparte) ¡Una mujer!... ¿Y, cómo explico yo ahora?...

C.—(También aparte).—¡Qué buenos ojos tiene!...

E.—Señorita...

C.—Caballero...

E.—(Tartamudeando). Yo siento molestarla a usted...

C.—De ningún modo.

E.—Es el caso que .. están esperándome...

C.—¿Algún amigo?

E.—Sí, precisamente... Un amigo que se ha quedado en la esquina... De modo que debería despachar en seguida.

C.—Estoy a sus órdenes. (Aparte). ¿Qué le sucede a este hombre? Está nervioso, inquieto... se lleva las manos al vientre... ¡Cualquiera diría que tiene ganas de soltar!...

E.—(Con audacia mal fingida). Pues, yo deseaba... ¿Compreude usted?... No sé si me explico...

C.—No, señor.

E.—Dice usted bien. Se trata de... El hombre es débil... y, como estamos en plena primavera... hay como un derramamiento de savias, como un exceso de jugos...

C.—¿Eh?

E.—Sí, señorita: en estos meses de abril y de mayo los hombres somos debiles... y us-

tedes, las señoras, (afortunadamente para nosotros) tampoco sois muy fuertes. Le aseguro a usted que la primavera es gran madre de debilidades.

C.—¿A donde va usted a parar con tantas filosofías?

E,—Dice usted bien. Pues yo me he atrevido a entrar porque tenia una necesidad...

C.—¿Imperiosa?

E.—Sí.

C.—¿Una necesidad física?

E.—Precisamente.

C.—Vamos, sí: a usted le ha dado un apretón...

E.—¿Cómo?

C.—Un dolor de tripas, y, no sabiendo donde meterse, se ha refugiado usted aquí. Acabemos: usted, lo que desea es ir al retrete.

E.—¡Señorita! (Un poco ofendido).

C.—¿Me he equivocado?

E.—Completamente.

C.—¿Entonces?

E.—No me ha dejado usted explicarme. Sí, efectivamente, se trata de una necesidad física. Yo soy joven, soy ardiente..., el amigo que me espera, trata de llevarme a cierto si-

tio... a uno de esos lugares donde la mocedad, siempre viciosa, se divierte... ¿Se hace usted cargo?

C.—Empiezo a comprender.

E.—Y, yo, francamente, temo que pasados algunos días mi salud se resienta...

C.—(Interrumpiéndole). Y que el buen rato que se propone usted pasar esta tarde, tuviese usted que pagarlo más tarde en botica.

E.—(Riendo). Habla usted como un especialista en enfermedades secretas.

C.—¡Acabáramos, hombre de Dios! Lo que usted necesita son preventivos.

E.— (Ruborizándose ligeramente). Dos, por lo menos.

C.—¿Usted es de los que repiten?

E.—Siempre.

C.—Mi enhorabuena.

E.—¿Por qué?

C.—Porque hay muchos hombres que apenas tienen aceite para una misa. (Pausa, durante la cual, le mirará detenidamente y casi con amor). ¡Pero cuidado que es usted sosón!

E,—No acierto...

C.—Porque ha entrado usted tartamudeando y sin saber por donde empezar, en vez de

decir: «Quiero aquello», con lo que nos hubiéramos ahorrado una porción de palabras inútiles.

E.—¿Quiere usted enseñarme esos dijes?

C.—Con mucho gusto. ¿Quiere usted probarlos?

E. —¿Con quien?

C.—Conmigo, ahora mismo. (Con gran desenvoltura). ¡Pasa!

(Penetran en una habitación reservada. El afortuuado viajante se pone un preventivo marca *Vénus;* Casimira se pone... en camisa. El, colocándola una mano debajo de la cintura y llevándola hacia el sofá.

E.—¡Qué nalgas tan hermosas tienes!

C.—Goza de ellas.

E.—Vida mia... (La mete mano en seguida).

C.—¡Qué placer me das!

E.—¿Te gusta mi amor, nenita?

C.—Lo que más me gusta es el dije que llevas puesto. ¿Cuántos me comprarás?

E.—Ponme tres docenas.

C.—¡Qué rico eres!

ESCENA II

Doña Catalina.—Esposa del opulento comerciante D. Valentín. Treinta años, morena, buena moza y ardiente.

D. Valentín.—Cuarenta años. Pequeñito, rubio, delgado, insignificante. Es un hombrecillo que padece del estómago y que por las noches no sale nunca de casa. D. Valentín y D.ª Catalina van a San Sebastián llevados por la esperanza de que los baños de mar les ayudarán a engendrar un hijo. Y en último caso—ha dicho D. Valentín—te sonries con el primer muchacho guapo y saludable que encontremos. Por eso yo no me enfado, y tu debes molestarte menos. Lo importante es tener un chiquillo.

Al comenzar esta escena, el matrimonio se halla instalado en el departamento delantero de un vagón de primera clase. El tren va a

partir. Hay muy pocos viajeros. Son las seis de la tarde.

Una voz, fuera:

¡Señores viajeros al tren!..

V.—(Mirando el equipaje). Creo que no se nos ha olvidado nada.

C.—No.

V.—¿Estás alegre?

C.—Contentísima.

V.—¡Si tuviésemos la suerte de regresar a Madrid con un chiquillo a medio embastar.

C.—¡Ojalá!

(El tren se ha puesto en movimiento. Transcurre media hora. D. Valentín, que se ha asomado a la ventanilla, se retira y se acerca a su mujer con aire misterioso).

C.—¿Qué sucede?

V.—En este mismo coche, en el último departamento, he visto un joven, como de treinta años, muy guapo.

C.—¿Y qué?

V.—(Con cierta timidez). Que, si tu quisieras, aprovecharíamos la ocasión. Nada mejor que un flirt en ferrocarril, porque luego los dos «cómplices» se separan y.... ¡adivina quien te dió!.. Mientras que en las fondas

nunca falta quien se entere del hecho y lo divulgue.

C.—¡Tienes razón! Espera. (Se asoma a la ventanilla y mira).

Pues, si, que es guapo.

V.—¿Te atreves?

C.—(Procurando ruborizarse). Valentín de mi vida... me da mucha vergüenza.

¿Pero, como vas a componértelas para que ese hombre venga aquí?

V.—Muy sencillo.

(El tren acaba de detenerse frente a una estación. Una voz grita:

—¡N. dos minutos!

V.—(Abriendo la portezuela precipitadamente). Hasta luego; aunque tardes en saber el resultado de mis gestiones, no te impacientes.

C.—Adios.

ESCENA III

D. Valentín. — Eduardo

V.—Buenas tardes, caballero.

E.—Buenas tardes.

V.—¡Ah, me he equivocado de departamento!... Y acaso he venido a molestarle a usted.

E.—De ningún modo ¡Al contrario!... Yo soy muy charlatán y cuando no tengo con quien hablar me desespero.

V.—A mí me sucede lo contrario. Me gusta viajar solo, porque así leo, duermo o hago mi santa voluntad sin temor a molestar a nadie.

E.—(Malicioso). Pues hasta hace un ratito, bien acompañado iba usted, amigo mío.

V.—(Con vivísima alegría.) ¿Se refiere usted a la moza que va ahí delante?

E.—A la misma.

V.—¿Le gusta a usted?

E.—Es de abrigo.

V.—Pues si quiere usted meterla mano...

E.—(Sorprendido). ¿Cómo? ¡Yo creí que esa mujer era algo de usted!

V.—¡Quiá, hombre!

E.—Vamos... la aventura ya empieza a interesarme. Y, ¿cree usted que es *cocota* ?

V.—Indudablemente.

E.—¿Se insinúa?

V.—¡Uy! ¡Muchísimo! Al principio me miraba con una languidez... luego me sonreia... hasta que acabó pisándome el pié.

E.—¡Qué tía más rica!

V.—¡De primera! (Chasquea la lengua).

E.—¿Y usted, cómo no la ha metido mano?

V.—¿Yo?... Hombre, porque yo voy siendo ya viejo, padezco mucho del estómago, y los dispépsicos tenemos siempre la pasión ffoja.

E.—(Con jactancia). ¡No se parece usted a mí!

V.—(Alegre). ¿Usted es fuerte, eh?

E.—Una fiera.

V.—¿Cuántos piropos suele usted echarle a una mujer de su agrado en una noche?

E.—Bastantes.

V.—¿Tres?

E.—(Riendo a carcajadas). ¡Usted se olvida de que yo no padezco del estómago! Lo menos que un servidor le echa a una mujer, son de diez a doce piropos.

V.—(Aterrado). ¡Doce piropos! (Aparte). Pues, señor; este es el hombre que estaba haciéndome falta.

E.— ¿Sabe nsted cómo se llama esa mujer?

V.—Catalina.

E.—¿Y es guapa realmente?

V.—Pistonuda.

E.—¿Buenas protuberancias delanteras?

V.—De primer orden.

E.—¿Y traseras?

V.—Uno de los planetas más redondos que yo he visto.

E.—¡Concho! (Levantándose). ¡A esa tía la enamoro yo ahora mismo!

(Se dirije hacia una de las ventanillas).

V.—¿Qué hace usted?

E.—Voy a verla.

(Sale del vagón y comienza a deslizarse ágilmente por el estribo).

V.—(Lleno de júbilo). ¡Bucna suerte!

E.—Gracias.



V.—¡No deje usted de decirme el resultado de la aventura.

E.—Así lo haré.

V. — (Suspirando al verse solo). ¡Bonito papel estoy haciendo!

ESCENA IV

Catalina. — Eduardo

C.—(Viendo aparecer de pronto al viajante). ¡Ay, Dios mío!

E.—¿Qué?

C.—¡Qué susto tan grande me ha dado usted!

E.—¿Me tomó usted por el Coco?

C.—No, porque no es usted feo.

E.—Gracias. !Usted, sí, que es bonita!

C.—¿Pero, de dónde viene usted ahora?

E.—Del otro extremo del vagón. El tío viejo que antes estaba con usted aquí, empezó a decirme que era usted una mujer guapísima.

C.—Pues no se le conocía que yo le gustase...

E.—Porque no hizo nada por acercarse a usted?

C.—Absolutamente nada.

E.—¡Qué imbécil!

C.—Eso pensé yo.

E.—Porque usted se lo merece todo, todos los atrevimientos.

C.—¿Es usted sincero?

E.—Te quiero. (La coje por la cintura).

C.—¡Caballero!

E.—Te adoro... (Besándola la garganta y sobre los labios).

C.—Me trastornas...

E.—Bésame, tú también.

C.—Toma...

E.—¡Catalina de mi alma!...

C.—(Cediendo). ¡Oh, qué fascinación invencible!... ¿Cómo te llamas?

E.—Eduardo.

C.—¡Eduardo! (Como en éxtasis). Quería

saber el nombre del único hombre a quien no he podido resistir...

E.—(Derribando a Catalina sobre uno de los asientos). Dame tu cuerpo hermoso, para adorarlo mucho.

C.—Agárrame bien por el reverso.

E.—¿Te gusta?

C.—Sí... ¡Y dime muchas cosas ricas y cariñitos dulces!...

E.—Lo que quieras, vida mia.

C.—Toma mi pasión.

E.—(Loco). ¡Dame ternura tuya, cielo.

C.—¡Amor mío!... ¡Rey mío!... (Se agita nerviosamente en su asiento).

E.—(Acariciándola el busto). ¡Qué carnosidad tienes tan hermosa! Tu piel es suave, tu carne fría y dura...

C.—(Abriendo los brazos amorosos). Ya, ya me siento en la gloria...

E.—Y yo también...

C.—Anda, moreno, dame tu vida.

E.—Toma hasla mis labios de fuego.

C.—Príncipe... mío...

E.—¡Gloría... pura!...

(Después del primer apasionamiento permanecen abrazados algunos momentos. En seguida Eduardo, sin soltarla, empieza a acariciarla otra vez. Catalina permanece inmóvil y con los ojos puestos en blanco).

C.—¿Vas a adorarme de nuevo?

E.—Sí.

C.—Eres incansable.

E.—Porque tu eres muy hermosa.

C.—Vida... no sé que tiene tu mirar que me vuelve loca.

(Cuando acaban el segundo desbordamiento de frases locas y apasionadas, descansan un momento, pero continúan abrazados y como dispuestos a repetir el dulce combate).

E.—¿Me quieres?

C.—Con toda mi alma.

E.—¿Me querrás siempre?

C.—Sí.

E.—Yo, tampoco te olvidaré nunca. Eres la mujer más rica que he conocido.

C.—Y tú, de todos los hombres, el que ama mejor.

(En aquel momento la joven, que está realmente enamorada del modo apasionado y cariñoso de hacer el amor de su amante, no se acuerda del pobre D. Valentín, ni del hijo que tanto deseaba tener. Media hora después Eduardo se asoma a una ventanilla y ve que D. Valentín también va asomado. Entre los

dos hombres se entabla a voces un diálogo breve y enigmático para cualquiera que no estuviese en autos de lo que acaba de ocurrir).

V.—¿Qué tal?

E.--Perfectamente.

V.—¿Es buena? (Haciendo con las manos un gesto que aludía a las formas ampulosas de Catalina).

E --¡Admirable!

V.--¿Mucho de aquí?

E.--Mucho.

V.--¿Y de aquí.

E.--Más.

V.--¿Cuántos fneron?

E.--¿Cuántos cree usted¿

V.--Dos.

E.--(Triunfante) ¡Cinco!

V.--¡Cinco! (Llevándase con asombro las manos a la cabeza).

E.--Ni uno menos. Y aquí está ella, que no me dejará por embustero. Pero, no sabe usted lo mejor...

V.--¿Qué?

E.--¿Que estoy descansando para luego proseguir...

V.-- ¡Cielos! Me deja usted patidifuso. Hasta luego.

E.--Hasta después,

V.--(Se retira de la ventanilla y se deja caer sobre su asiento, contento y abatido a la vez). ¡Buena me la están dejando!

C.—(A Eduardo). No hables más con ese tipo.

E.—Tienes razón; porque todos los momentos debemos aprovecharlos en amarnos.

C.—Todavía disponemos de muchas horas.

E.—(Tras una pausa). Catalina... (Su acento es suplicante).

C.—¿Qué, bien mío?

E.—Yo tengo ganas de seguir adorándote.

C.—Lo que tu quieras, dueño.

E.—Pero, yo desearía algo raro.

C.—Pide.

E.—(Mimoso). Catalina... Catalinita... ¿Tú no conoces el beso del moro?

C.—No sé que beso es ese.

E.—Yo te aseguro que te ha de gustar mucho, ¿quieres?

C.—Pero...

E.—¿No lo has hecho nunca?

C.—Jamás.

E.—Pues vamos.

C.—Tengo miedo.

E.—¿A qné?

C.—Al arrepentimiento, porque los moros dicen que son muy brutos y tienen malas bromas.

E.—No te pesará; te lo aseguro... Y, además, gozarás extraordinariamente.

C.—¿De veras?

E.—Sí. Ya verás. Pon la vista fija en mí. Así. ¡Espléndido! Ahora abre bien el párpado. ¿Ves? Ya está...

C.—Vida mía...

E.—¿Te gusta?

C.—Sí.

E.—¿Me sientes dentro del corazón?

C.—Sí, por Dios... ¡Ay, qué gozo tan inmenso!

E.—Mueve tu vista,

C.—¿Así?

E.—Sí, cariño mío.

(Catalina mueve su rostro fresco y lozano abriéndose y cerrándose de párpados. Al besarse frenéticos, los dos rugen como fieras).

C.—(Dejándose caer de bruces sobre el asiento). ¡No puedo más!

E.—(Consultando su reloj). Son las nueve.

C.—¿Te vas?

E.—Sí; me vuelvo a mi departamento, porque ese pobre hombre estará aguardándome.

C.—¿Qué te importa ese títere?

E.—Dices bien, pero... en fin... por quedar bien...

C.—(Que también experimenta deseos malsanos de describirle a su marido lo muchísimo que ha charlado). Bueno... vete, ¿volverás?

E.—Antes de una hora.

C.—Hasta luego, pues, rey.

E.—Adiós, preciosa...

(Se besan y Eduardo se desliza por el estribo hasta su departamento).

ESCENA V

Eduardo — D. Valentín

V.—¿Cómo?... ¿Ya está usted de vuelta?

E.—Aquí me tiene usted.

V.—¿Qué tal se pasó el rato?

E.—Sentándose). Admirablemente, pistonudamente...

V. –¿Qué tal las piernas?

E.—Inmejorables.

V.—¿Y las morbideces?

E.—Magníficas, soberanas.

V.—¿Y el... rostro?

E.—Definitivo.

V.—¿Y cuántas, cuántas historias ha contado usted?

E.—Nueve.

V.—(Santiguándose). Me deja usted atónito. ¡Nueve historias!...

E.—(Muy ufano). Y contadas con una facilidad y brío que no puede usted formarse idea.

V.—(Lleno de agradecimiento hacia el comisionista porque ya no duda que, después de aquella animada conferencia Catalina esté completamente alhagada). ¡Qué potencia, Cristo, qué potencia! Salomón, a su lado, era un mocosillo...

E.—(Modesto). Sí, soy bastante bestia.

V.—(Queriendo asegurarse que el hijo que tanto anhela tener nacerá robusto). ¡Bien se conoce que nunca ha sufrido usted enfermedades graves!... De esas que diemzan y aniquilan a la juventud.

E.—Jamás.

V.—¿Y, cómo ha sido eso?

E.—Muy sencillamente. ¿No ve usted que yo, siempre que me dirijo a una mujer, me pongo sobre aviso?...

V.—¡Ah!

E.—Precisamente esta tarde, poco antes de salir de Madrid, compré tres docenas de desinfectantes magníficos.

V.—(Palideciendo hasta la lividez). ¿Y a esa mujer... a la mujer de ahí al lado... ¿la ha dado conversación usted con esto...

E.—¡Naturalmente!

V.—(Desfalleciendo). ¡Maldita sea mi estampa!

E.—¿Por qué hombre?

V.—Por nada, amigo mío... por nada.

E.—¿Usted cree que yo soy tonto? ¿Usted cree que voy a entrar a conversar sin precaución, con una mujer a quien no conozco!

V.—(Por decir algo). ¡Tiene usted razón!

E.—Para lo único que me he quitado el temor es para daría el beso del moro.

V.—¿También la ha dado usted el beso del moro?

E.—También.

V. — (Sufre un ligero desvanecimiento. Cuando vuelve en sí, murmura estas palabras que el venturoso comisionista, claro está, no puede comprender). ¿Qué remedio?... ¡Hablarla con precaución! La hemos fastidiado... ¡Será cosa de volver a empezar!

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

Lea V. la hermosa

COLECCIÓN PLACER

TOMITOS PUBLICADOS:

La primera noche de amor
Suspiros tiernos

Preciosa colección de tomitos, espléndidamente presentados y sumamente interesantes y sugestivos por su amenidad y originalidad, en los que se relatan infinidad de escenas vivas y realistas, de la vida alegre y bullicosa de la juventud.

Con ntayen estos tomitos una serie extensa de joyas literarias y artísticas en el género amoroso, escritas por sus autores con tal desenvoltura, gracia y salero, que hacen asistir al lector al lugar de la escena y saborear gozoso los pasajes deliciosos que en ellos se describen.

CADA TOMITO: 10 CTS.

Lea V. la sugestiva

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRESCA!!

Consta de 10 tomitos picarescos diferentes, muy sugestivos, interesantes y amenos. La última palabra de lo gracioso y cachondamente bien escrito.

Riquísima presentación.

CADA TOMITO: 20 CTS.

Editorial AURORA.-Barcelona